



NÚM. 36. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 8 DE SETIEMBRE DE 1861.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs., un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO V.

REVISTA DE LA SEMANA.



Una semana ha pasado en medio de fuertes calores, de corridas de vacas y novillos en los pueblos y de su consiguiente epílogo de palos, trastazos y navajadas, que están dando que hacer á los jueces y á los cirujanos. Los vecinos de dos pueblos inmediatos uno á otro en la provincia de Toledo, vinieron á las manos en la última corrida de novillos dada en uno de ellos. Perseguido por el novillo uno de los lidiadores, trató de subir á un tablado ocupado por gente del lugar en que se verificaba la corrida, y como aquel fuese forastero, los del lugar le impidieron á palos la subida; que el patriotismo á veces cuando se estrecha y reduce á su mínima proporción y se empequeñece dentro de los límites de una aldea, toma un aspecto bárbaro y feroz indigno de la civilización. El que fue objeto de esta agresión retó á singular combate á los agresores; y tomando parte en la contienda los vecinos de uno y otro pueblo, se convirtió la plaza en un campo de Agramante. Las justicias de uno y otro lugar acudieron á poner paz procurando calmar los ánimos; pero sus esfuerzos no tuvieron resultado sino después de haber quedado tendido en la plaza un muerto y sido trasladados á las casas del pueblo gran número de heridos, entre ellos algunos individuos de justicia. El juez de primera instancia del partido instruye la causa, y se teme que la especie de guerra civil que ha estallado entre los dos pueblos, tenga todavía consecuencias, pues que los vecinos del uno necesitan acudir por agua á la fuente pública del otro. Esperamos, sin embargo, que los esfuerzos del digno alcalde de este último y de las personas sensatas que le rodean, lograrán que desaparezca la agitacion

y vuelvan las cosas á su estado normal, celebrándose la necesaria reconciliacion entre las partes contendientes.

Si la cosa no fuese tan seria, recordaríamos aquí algunas de las escenas del popular escritor Breton, en su comedia *A Madrid me vuelvo*.

El señor don Pedro Lahitte Ricard, catedrático sustituto de lengua árabe en la Universidad de Granada, ha publicado una coleccion de poesías, traducidas directamente del arábigo en verso castellano. Estas poesías son las que ha recopilado Kosegarten al fin de su *Chrestomathia arabica*. Son laudables los esfuerzos del traductor para cooperar al renacimiento de los estudios árabes tan necesarios en España, como que la lengua y las costumbres del país deben á los árabes casi tanto como á los latinos: que no en balde dominó la raza arábica en España por espacio de setecientos años.

Otro libro ha salido á luz en estos dias, y se titula *Elementos de esgrima*, destinados á instruir al soldado de infantería en el manejo del fusil ó carabina armados de bayoneta. Ha sido escrito por el profesor del Colegio de Infantería de Toledo, don Jaime Merelo. Tres son las divisiones que comprende este tratado, y constituyen el conjunto de los principales movimientos que se emplean en esta clase de esgrima. La primera division contra infantería, se compone de movimientos enlazados de estocadas, quites y repuestos en ataque y defensa; la segunda consta de movimientos dirigidos á flanquear al enemigo y enlazados con estocadas sobre los diagonales, culatazo, mandoble, estocada mista y ascendente; por último, la tercera division dirigida contra caballería, comprende los movimientos necesarios para flanquear al caballo por ambos lados, ofender y defenderse contra el ginete. Acompañan á este libro varias láminas que esplican las diversas posiciones. Creemos que es un libro útil al arma del ejército á la cual se dedica.

El gobierno, al fin ha adoptado una medida de gran importancia para las provincias de Alicante, Murcia, y Almería donde la sequía hace considerables estragos. Se han mandado hacer los estudios para la perforacion de pozos artesianos en estas tres provincias, cuyas autoridades deberán prestar á los ingenieros todos los auxilios necesarios.

Se hacen grandes elogios por los inteligentes, de una estatua de la reina que el escultor señor Piquer ha concluido y hemos visto colocada en el vestíbulo del palacio del Congreso. Esta estatua es de mármol y hace honor

al genio y buen gusto del artista. El trozo de mármol de que está hecha, es blanco limpio y bellissimo; la ejecucion, sobre todo en el ropaje, es perfecta á nuestro juicio y de una gran delicadeza.

El miércoles espiró el plazo señalado para presentar en la secretaría de la Academia de ciencias morales y políticas las memorias sobre los dos temas anunciados para premios en el concurso de este año. El tema primero era: ventajas ó inconvenientes de una liga aduanera peninsular y su influencia en la agricultura, industria y comercio de España. Sobre este tema se han presentado dos memorias la una con el título: *La Península Ibérica* y la otra con el lema: *Multa renascentur quæ jam cecidere*. El segundo tema decia: de el poder civil en España desde los reyes católicos; causas de su preponderancia, instituciones y clases en que se apoyaba y vicisitudes que ha tenido hasta el establecimiento del gobierno constitucional. La única memoria presentada sobre este tema lleva el lema siguiente: *Imperatorem majestatem, non solum armis decoratam, sed etiam legibus oportet esse armatam*.

Como habíamos anunciado ha empezado la nueva temporada en el Teatro de Jovellanos con la zarzuela en tres actos titulada: *La Pradera de los desafíos*. El libreto no es de lo mejor, pero la música agrada y atrae. Este teatro continúa como en las anteriores temporadas disfrutando del favor del público.

En el Príncipe una compañía italiana donde hay marquesas y otras notabilidades aristocráticas se propone dar una docena de representaciones de piezas escogidas de su repertorio. El jueves comenzó con la tragedia nueva, *Medea*, distinta de la que ejecutó la Ristori, y cuyo papel principal fue desempeñado por la *Signora Santoni*, marquesa de Zambecari. Esta artista obtuvo muchos aplausos, y aun agradó tambien á la parte del público que aplaude pocas veces.

El Circo, que como ya hemos dicho, comenzará la temporada con el *Dominó azul*, abrirá sus puertas del 15 al 20 de este mes.

El señor Delgado que ha formado ya la compañía dramática del Príncipe, como dijimos en la Revista anterior, prepara, segun parece, una tragedia del señor Diaz, para inaugurar la temporada luego que concluyan las representaciones de la compañía italiana.

Se dispone á venir á esta capital el guitarrista Huerta, en cuyo favor aboga un colega nuestro á fin de que se le dé un puesto en el Conservatorio que le permita acabar sus dias con tranquilidad. Nos parece justo y

caritativo lo que dice este colega. De creer es que oiga-mos alguna noche al señor Huertas en algun teatro.

En el teatro de Oriente se anuncia ya formada la compañía, entre cuyos individuos figuran la Lagrange, la Julienne Dejean y la Demerie Lablache, primas donas absolutas, los primeros tenores Bettini, Carrion y Villani, los barítonos Colletti y Padovani, el bajo Bouché y el bufo Róvere.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

LOS MONUMENTOS DE SANTIAGO.

No solo las crónicas nos revelan la historia de los pasados tiempos, hay otras mas indelebiles, que escritas en la dura piedra, y que libres de las pasiones y parcialidades de un cronista son fieles intérpretes del espíritu de su siglo: los monumentos arquitectónicos, esas crónicas de piedra, que tan imparcialmente marcan el grado de civilización de los pueblos y de los siglos en que se erigieron. Asi la tiene el cristianismo: fiel expresión de sus vicisitudes, ocúltase bajo la tierra en sus dias de persecucion, y se adorna con galas orientales al salir libre y triunfante de la cruda guerra con que la sociedad espirante la inquietó tres siglos. Véela en Asturias alzarse pobre y mezquina; y al paso que se obraba la mas notable reconquista, véela seguir sus victorias, y á cada una adornarse con una gala nueva.

Cuando las conquistas de Pelayo, Alonso y Ramiro estendian su poder al través del omnímudo de los Califas, alimentados en medio de su miseria, por la santa enseñanza que los guiaba, nos revelan sus monumentos la penuria y escasez de los tiempos. Ya cuando Sancho el Grande de Navarra asentaba sobre su cabeza la corona que nunca llevó monarca godo, y fundaba en sus hijos dos nuevas monarquías en la península, sale el arte de su primera infancia. Con nuevas y abundantes galas orientales, celebra los triunfos de Alfonso VI de Castilla y del Batallador de Aragon. Las singulares victorias de Fernando el Santo y Jaime el Conquistador se solemnizan con la adopción de un nuevo estilo, que fue adoptado para la multitud de iglesias que entonces se fundaron y construyeron. Con galas nuevas y una magnificencia hasta entonces desconocida en las construcciones, manifiesta el estado floreciente del siglo XIV los tiempos que la cruz alcanzaba sobre el ya jadeante imperio de la media-luna. Cuando despues de ocho siglos de dominación en la península, fueron arrojados de ella los hijos de la Arabia, aparece mas brillante que nunca y arrebatada al vencido sus mas bellos adornos. Pero en medio de tanta galanura, véese una fatídica sombra que proclama su muerte. Asi es como despues de once siglos de letargo, las ciencias, las artes y las letras, querian recobrar su antiguo esplendor, y la arquitectura cediendo al influjo general, marchaba á buscar sus modelos en las ruinas de los templos gentílicos. A pesar de sus esfuerzos la religion no pudo conservar su arquitectura. Desde entonces para sus usos, tuvo que mendigar las formas á la arquitectura civil, asi como sucedia lo contrario antes que se apagase el tan fuerte espíritu religioso de la edad media. Nada mejor que este cambio puede dar una exacta idea del que se operó en el siglo XVI.

La utilidad del estudio de los monumentos arquitectónicos es irrefutable. Si queremos conocer la historia de un pueblo, si queremos saber sus dias de gloria, y quiénes le engrandecieron, estudiemos sus monumentos que en ellos encontraremos indudablemente sus fechas célebres y los nombres de sus favorecedores.

Veamos los principales de Santiago y considerémoslos arqueológicamente.

No es de lo mas comun encontrar un pueblo que nos ofrezca muestras de todos ó la mayor parte de los estilos arquitectónicos usados en la península. Todo lo contrario; las circunstancias particulares de algunos pueblos, ya el espíritu innovador de algunas épocas, que no admitia mérito ni belleza, sino en las formas adecuadas al estilo que entonces imperaba, ó ya en fin una excesiva piedad que hacia demoler respetables edificios, para sustituirlos con otros aunque mas grandiosos menos venerables, han hecho que algunas ciudades, notables por sus monumentos, carezcan completamente de algunos estilos. Toledo, esa joya de la arquitectura española, carece completamente de monumentos de los siglos XI y XII construidos segun el gusto que reinaba entre los cristianos. Por el contrario los estilos abundan con tanto exclusivismo en los pueblos, que no seria difícil afiliarse cada uno á un estilo. En vista de sus numerosos monumentos nadie dudaria en llamar árabe á Toledo, á Segovia románica, y á Salamanca del renacimiento.

Santiago carece absolutamente de verdaderos monumentos ojivales, de ese estilo que durante tres siglos labró obras admirables, en el primero por su severidad, en el segundo por su esbeltez y magestad y en el tercero por aquella profusion de adornos al través de la cual dejaba traslucir su ruina. Los edificios de Santiago pertenecen al período románico, al del renacimiento, greco-romano en sus dos restauraciones y al gusto

borrominesco. Escasos rasgos del ojival y algun destello árabe ó mudejar.

La capilla de Santa María de la Corticela, debe mirarse como el monumento mas antiguo de Santiago. Créese aumentada á la antigua Catedral por don Alonso III, que se sabe engrandeció esta. Su arquitectura es románica de la primera época. Dos macizas columnas aisladas, sin basas y con capiteles de hojas sostienen la bóveda que cubre (quizá modernamente) la capilla. A ella venian los monjes de San Martín á rezar las horas, hasta fines del siglo X; despues quedó de parroquia para los extranjeros.

Muchos edificios se construyeron en tiempo del gran Gelmirez el primer arzobispo compostelano. Indudablemente habian de erigirse muchos monumentos en aquella época de engrandecimiento. La silla compostelana era elevada á metropolitana, y los pontífices y reyes derramaban sobre ella sus gracias.

La catedral (puede decirse), la colegiata de Sar, Santa Susana, Santa María de Conjo, San Martín Pinario fueron unos fundados y todos construidos por este prelado. De estos edificios los dos primeros conservan esta construcción; los demás están mas ó menos reformados, y los dos últimos casi totalmente.

La gran Basílica Compostelana, de la cual dijo cierto escritor, que sobrepasa en esplendor y no cede en hermosura á todas las demás catedrales que existen en los dominios de España, es un magnífico ejemplar del estilo románico en su segundo período.

Considerada arqueológicamente, el espíritu reformador del siglo pasado la mutiló tristemente. Añadióla una imafrente que antepuso á la primitiva, y la decoró con fachadas que armonizan mal con el estilo del templo. Su parte interior ha sido víctima tambien de agregaciones y sustituciones que rompen la severa unidad de la fábrica. El siglo pasado declaró cruda guerra á las fachadas románicas; no consentia su desnudo fronton, sus sencillos rosetones, su portada toscamente resaltada y la modesta espadaña; pronto era demolida ó cubierta con otra; aunque armonizase con el resto del edificio, ó aunque por sí sola mereciese respeto, pocas han quedado de este estilo que en el siglo pasado no fuesen reconstruidas ó reformadas lastimosamente.

La portada del Mediodía llamada de la platería, que corresponde á uno de los extremos del crucero, conserva su primera forma, aunque coronada modernamente. Multitud de arcos concéntricos abocinados adornan su doble portada y las ventanas superiores. En su muro se hallan incrustadas sin orden varias estatuas de bajo relieve, de construcción, al parecer, no de época muy distante de la de la reconstrucción del edificio y tambien algunos restos de ornamentación bizantina tales como escamas.

Magnífico es el aspecto interior de esta Basílica. Tres elevadas naves peraltadas, cortadas por otras tres, forman una espaciosa cruz latina, cuya cabeza constituyen cinco pequeños absides que rodean el principal. Cincuenta y ocho machones con esbeltas columnas en sus frentes, sostienen la desnuda bóveda que descansa sobre los robustos arcos peraltados. Una estensa galería de arcos geminos semicirculares apoyándose en columnitas pareadas, corre sobre las naves laterales. Sobre la intersección de las naves se eleva una cúpula octógona, construida en el siglo XV y bajo la cual oscila el rey de los incensarios.

Todo en esta iglesia revela aun cierta rudeza. Aunque próxima ya la arquitectura religiosa á abrazar su estilo peculiar, la oriental ojiva, y ya poseedora de mil orientales galas, aun no le abandonaba su primitiva severidad, que se hace mas relevante en las grandes dimensiones de esta basílica.

La escasa luz que penetra al través de sus lobulados rosetones, la lobreguez de sus naves laterales, la aridez de su robusta bóveda, sus fuertes arcos torales, las desnudas arcaturas de su monótona galería, las muchas y toscas impostas que corren en todas direcciones atravesando los fastiales, fustes y cuanto á su paso se opone, todo respira dureza, todo convida á la oración y al recogimiento. Las mismas hojas de los capiteles, parecen inclinarse respetuosamente desprendiéndose de su tambor.

Pero lo que principalmente tiene esta iglesia digno de llamar la atención, no solo del arqueólogo, sino del erudito, del artista, del poeta, del mero curioso, es el célebre pórtico de la Gloria. Constitúyente tres portadas abocinadas de arcos semicirculares, que corresponden á las tres naves de la iglesia, y que debieron formar parte de la antigua imafrente. La mayor y del centro está dividida por un historiado parteluz. Monstruos simbolizando los vicios, sostienen sobre sus lomos las columnas que guarnecen las acodilladas jambas de los ingresos, y por cuyas dilatadas bocas penetra la luz á la impropiedad llamada catedral antigua. El parteluz del centro está sostenido por una figura humana echada de bruces, y pareciendo abrumada con tan excesivo peso. Por la parte interior de la iglesia, orando y con los pies como ayudando á sostener el peso á la anterior, está la estatua del arquitecto de Fernando II, de Mateo, el constructor de aquella parte de la iglesia. Esta estatua es conocida del vulgo por el nombre de *O santo dos croques* (1), y

(1) El Santo de las cabezadas.

como si quisieran rendir tributo al elevado ingenio del siglo XII, que concibió tan intrincado pórtico, fue consuya, para que les inspirase ingenio.

En medio del timpano del centro, está la colosal imagen del Salvador, sentado, en actitud severa, los cas proporciones, y mostrando sus cinco llagas. Los fustes de las columnas, los arcos, los entrearcos, todo está cubierto de innumerables figuras, de diversos tantes gerarquías. Harto penosa tarea seria el tratar de describir detalladamente este producto de la prudencia ostentación con que se usó la escultura en el siglo XII. Pero no lo seria menos querer analizar las intenciones del autor, torpemente espresadas por el tosco dibujo, y pesada y bárbara ejecución.

Si despues de haber examinado la iglesia del siglo XII, el producto de la piedad de la edad media, el fruto de aquel ardiente espíritu religioso, que levantaba soberbios edificios dedicados al culto divino, que servian al propio tiempo de hospitales, focos de insurrección y lugares de desorden. Si despues de examinar el templo donde los *caballeros cambiadores* cuidaban de alumbrar la imagen del apóstol, de sus productos, y donde el tracon la continua estancia de los numerosos peregrinos. Si examinada pues la piedad antigua pasamos á la moderna, veremos por todas partes las ricas telas, los preciosos metales, cubrir la austeridad antigua. Colgaduras de terciopelo, penden de la galería que corona las naves laterales; magníficos tapices cubren las paredes del estenso claustro y sala capitular; la platera rodea con profusion la antigua imagen del apóstol, y ella misma está cubierta de ricas alhajas (1).

Las glorias nacionales y los grandes hombres rindieron á este templo su tributo. De la elevada bóveda pende sobre el coro un gallardete turco de Lepanto. Sobre la sagrada imagen, luce una lámpara, fundación del Gran Capitan. Pizarro tambien hizo su ofrenda en acción de gracias por el buen éxito de su arriesgada empresa. Reyes, prelados, capitulares, todos la enriquecieron á porfía.

Última que no podamos decir otro tanto de la parte monumental. Destrozadas primeramente casi todas las absidales capillas que forman la cabeza del templo, fueron interpoladas y sustituidas con otras nuevas; la capilla mayor fue adornada segun el atrevido gusto borrominesco, y el coro es obra de la misma época. La excesiva piedad de algunos fundadores no vaciló en sustituir los modestos absides, con lujosas capillas forradas de jaspes, y en adornar sus capillas esteriormente con soberbias portadas greco-romanas, que colocaron bajo la románica bóveda.

Agregaciones lamentables que interrumpen la severidad y enritmia de tan notable monumento.

Otro, aunque no tanto, se conserva en Santiago perteneciente al mismo estilo y debido al mismo prelado. En estos dos edificios se notan marcadísimas analogías; quizá un mismo arquitecto los trazó.

El priorato de Sar, el primer depósito del cuerpo del apóstol, erigido en Colegiata y reedificado por Gelmirez, se conserva ileso, sin que la planta reformadora de los sucesivos tiempos haya apenas dejado en él la mas ligera huella. Su imafrente, con su portada resaltada hasta la sencilla espadaña, su polígono abside revestido interiormente de dos series de simuladas arcaturas, los robustísimos arbotantes que sostienen los fastiales, sus portales de arcos abocinados, sus tres naves, peraltadas las laterales y ligeramente apuntada la del centro, los cuatro aislados machones que las separan, las esbeltas columnas que adornan sus frentes, atravesados sus fustes por las estensas impostas sobre que voltean los arcos, el lienzo que se conserva de su claustro, con sus macizos arcos semicirculares adornados en su grueso con multitud de junquillos, baquetones y florones, que descansan sobre parejas de enanas columnas, los informes sepulcros en fin que se hallan esparcidos por la iglesia y claustro, todo armoniza, todo pertenece al mismo estilo, todo respira los mismos pensamientos, todo trae á la mente las mismas ideas.

Ya dijimos que Santiago carece de monumentos ojivales; algunas capillas agregadas ó conservadas en alguna iglesia, algun lienzo de claustro, alguna portada, ó algunos arcos de los numerosos soportales de sus calles, es cuanto de este estilo se conserva en la antigua *campus-stella*. Los árabes en su brevísima estancia, mas que de construir debieron cuidar de destruir. De construcciones *mudejares* ó de las esencialmente árabes que se hicieron en algunos siglos, tiene algun leve destello, tal como la portada del antiguo San Félix de Solorio.

Si mérito en sí tienen, y dignos son de estudio y particular atención los edificios arriba citados, no lo es menos el estenso Hospital real. Fundado por los Reyes Católicos para albergar á los devotos peregrinos que de lejanas tierras venian á visitar la Palestina europea, es uno de los primeros monumentos civiles que se erigieron en la península. Esto es, fue uno de los primeros edificios que se levantaron, con arreglo á los adelantos

(1) Habiendo sido condecorado con la gran cruz de Carlos III, el arzobispo Malvar, puso la condecoración en el pecho del santo Apóstol. Así ostentó una notable y honorífica insignia, sin que hubiese sido pedido ningun real decreto en su favor.

de ac
cunim
medi
paso
mun
las le
se er
trua
agres
ps. 1
la ar
que
aban
pro
meze
reco
ojiva
Si
doctr
cuen
una c
edific
mada
grues
desnu
greco
res de
sencil
y cal
en aq
El
cuatro
arquitecto
no á
sus al
cio de
iglesia
Así
con el
tulo se
Los
á la m
su ren
Innu
tar, y
artísti
tiago.
yamos

Así
contra
el Coto
están s
demasi
la atm
sulfuro
El ca
mesetas
últimas
tuchi,
que hav
situada
hido el
deo par
bradís
mi-hur
toda es
sembr
Algo
de Lata
tán fab
bre bóv
anchas.
La ci
real, u
terio de
Fund
las mis
de asie
perábar
sabor
ide y c
Habi
deader
—El
amable
nes, so
dado o
dujo tal

de aquella edad regeneradora, en que, á virtud del decaimiento del mal entendido espíritu religioso de la edad media, y de los progresos literarios y arqueológicos, al paso que los derechos sociales se aumentaban, salía el mundo de aquel letargo en que las ciencias, las artes y las letras yacieron por espacio de once siglos. Entonces se erigian multitud de edificios civiles; los señores consiguieron palacios para su morada, mas cómodos que las antiguas fortalezas, y se fundaban colegios y hospitales. Nueva como las ideas que los creaban, tenia que ser la arquitectura que los ejecutase; pero no tan poderosa que desalojase completamente al decadente estilo que no abandonó tan pronto las construcciones religiosas. Tambien poco su introduccion fue tan pura, que apareciese sin mezcla del gusto que sustituia. Todo lo contrario apareció amparándose con los adornos del moribundo gótico.

Si pruebas se necesitasen hoy para refutar la errónea doctrina de que se introdujo el renacimiento á consecuencia de la pérdida de las doctrinas de los masones, seria este edificio con su severa fachada coronada de cornisa adornada de cadenas, con su puerta abocinada, lleno su interior de estatuas, con sus cuatro patios, debajo de cuyas aristas de arcos sostenidas por esbeltas columnas de orden jónico; las puertas, así como las demás interiores, coronadas de orientales conopios, ya sencillos, ya florecidos, adornados con franjas huecas y caladas, labores vegetales, y los miles de adornos que en aquella florida época se emplearon.

El templo del hospital, situado en el centro de los cuatro patios, ostenta su arquitectura propia. Tal vez el arquitecto la encontró mas adecuada; tal vez no se atrevió á despojarle de ella. Por la ingeniosa colocacion de sus altares uno sobre otro, puede oírse el santo sacrificio desde las salas altas y bajas; de las primeras da á la iglesia un calado antepecho de flamígera crestería.

Así, en este edificio se ve hermanado el arte antiguo con el nuevo; así las formas principales del naciente estilo se adornaban con las galas del decadente.

Los colegios de Fonseca y San Gerónimo, pertenecen á la misma época que el anterior, aunque ya es mas puro su renacimiento.

Innumerables edificios greco-romanos pudiéramos citar, ya eclesiásticos, ya civiles, de mas ó menos mérito artístico, y que forman el tesoro monumental de Santiago. Detengámonos á la vista de su número, y concluámos ante ellos nuestra breve visita arqueológica.

JOSÉ VILLAAMIL Y CASTRO.

RECUERDOS DE MIS VIAJES.

PRIMER VIAJE Á AMÉRICA.

ECUADOR.

XVI.

Así como nos acercábamos á Latacunga fuimos encontrando escorias y fragmentos de rocas arrojadas por el Cotopaxi. La proximidad de las faldas de este volcan están sembradas de arenas vítreas, el suelo, caliente en demasía, y se percibe un ligero, pero continuo temblor; la atmósfera es sofocante y está impregnada de vapores sulfurosos.

El camino que seguimos pasa sucesivamente por las mesetas de *Cuchibamba*, *Nacsichi* y *Salachi*, cuyas dos últimas toman nombre de dos pequeños afluentes del Cuzco, llamado Alaques en su proximidad á Latacunga, y que hay que atravesar para bajar á la esplanada donde está situada la ciudad. Una avenida del Cotopaxi habia derribado el puente, y tuvimos que hacer un larguísimo rodeo para vadear el rio, cuyas márgenes estaban sembradas de arenas quemadas y escorias, calientes y semi-humeantes algunas. De triste y siniestro aspecto es toda esta comarca, de gruesa arena y piedra pomez sembrada.

Algo mas risueño es el suelo donde descansa la ciudad de Latacunga. Son sus casas de un solo piso bajo, están fabricadas de piedra pomez y asentadas, las mas sobre bóvedas y alquerías en calles rectas y regularmente anchas.

La ciudad de los incas era grande: poseia un palacio real, un templo dedicado al astro del dia, y un monasterio de vírgenes ó sacerdotisas.

Fundaron los españoles, por los años de 1534, sobre las mismas ruinas de la ciudad indiana, con nombre de asiento, la de *San Vicente Mártir* de Latacunga. Es gobernada el gobernador con un excelente almuerzo. La señora doña Vicenta Garzon, viuda, persona muy amable y complaciente nos obsequió con una comida.

Hablóse en ella de las causas que produjeran la gran decadencia de la ciudad ya desde tiempos antiguos.

—El Cotopaxi, dijo el gobernador, es un vecino poco amable, y tranquilizador; pero, mas que sus erupciones, son temibles los terremotos á que no siempre ha dado origen. El hundimiento del Carahuirazo, produjo tal sacudida en esta desgraciada poblacion, que ca-

yeron á plomo, las iglesias y las casas, quedando sepultadas, bajo las ruinas, mas de ocho mil personas. No fue menos terrible, en sus efectos, aunque no tan funesto para estos habitantes, el terremoto de 1737. Cayeron, tambien entonces, á plomo, las casas y las iglesias, y quedó casi toda la poblacion hecha un monton de escombros y ruinas. Repitieronse los terremotos, con pequeños intervalos, por espacio de seis meses. Los bramidos y ruidos subterráneos, que, á la sazón acaecieron, son sobrados indicios de que los interiores derumbos del Cotopaxi eran la causa de aquellos terribles y pavorosos fenómenos. Valor se necesita para reconstruir tan fatídica ciudad y no es poco milagro que hoy exista.

—Lo milagroso, repuso la señora Garzon, es que ambos terremotos hayan sido anunciados proféticamente mucho antes de acontecer. Y, esto no es cuento, pues de ello hay escritos.

—Parece que en el Archivo del Noviciado, continuó el gobernador, se encuentra un documento en que están consignadas las testuales palabras de un sermón predicado en junio de 1692 por el R. P. José Cases, en el cual hizo una clara profecía del primer terremoto. —El historiador Velasco refiere este hecho y añade el vaticinio profético del segundo terremoto, hecho por otro religioso, el padre Saldaña, natural de Quito.

Ya en esta ciudad, lei la circunstanciada relacion que Velasco hace de estos terremotos.

«Ambos, dice, fueron predichos, con sobrado tiempo »por dos varones insignes en santidad, y ambos fueron »verificados á la letra.»—En otro pasaje copia las palabras testuales del sermón predicado, en la iglesia de los Carmelitas Descalzos, por el R. P. José de Cases. Son las siguientes:

«Los moradores de Latacunga han llenado, no todos »pero muchos, la medida de sus pecados: en castigo »de ellos quedarán ciegos en manos de su obstinacion, »irritando mas y mas la divina justicia, y, obligándola »á la ejecucion del castigo, que podian haber evitado »con la penitencia. Lo tendrán en uno de los dias de »sus fiestas, y aunque no sabré decir cuál año, solo podré asegurar que no tardará mucho. Se arruinará »todo este lugar, y, no quedando en él piedra sobre »piedra, será oprimida una gran parte de sus ciegos »habitadores. Aun esta iglesia, en que estoy predicando »caerá toda, á escepcion de solo el pilar en que está »apoyado este púlpito para que permaneciendo él solo »en pié, haga acordar á los que queden vivos, de lo »que de parte de Dios les intimo ahora, como ministro »suyo. No tendré yo el dolor de ver aquel estrago, porque estaré ya en parte muy segura.»

Efectivamente, al siguiente año de esta profética enseñanza murió el padre Cases, y á los siete cumplidos, acaeció el horrendo temblor de que hemos hablado.

Terminada la comida, propúsonos el gobernador, un paseo por la ciudad. Visitamos entonces la iglesia parroquial de bastante bella forma, y los conventos de Dominicos, Franciscos, Agustinos y Mercedarios, y con mas detencion, y particularidad, el colegio denominado de *San Vicente*, situado en el edificio que fue de Jesuitas. Lo que mejor se enseña en este establecimiento es la química, cuya asignatura ó cátedra tiene á su frente un profesor italiano, joven laborioso é instruido, que tuvo el gusto de conocer en esta ocasion, y de tratar durante mi permanencia en el Ecuador.

XVII.

Pasmíño, el criado ó paje de Larrea, nos habia dejado en Ambato, no sin habernos hecho prometer antes, que pasaríamos por la hacienda de *San Juan*, puesto que sus amos le habian ordenado la pusiese á nuestra disposicion, para todo el tiempo, que en ella quisiéramos quedarnos. Nuestra larga permanencia en Ambato le indujo á creernos olvidados de la promesa y regresó á Latacunga para esperarnos. Con este motivo resolvimos pasar en San Juan el dia siguiente acompañándonos tambien la señora de Garzon, que tuvo la amabilidad de poner á nuestras órdenes unos magníficos caballos.

Pusimónos en marcha á las diez de la mañana. De triste aspecto es la salida de Latacunga. Dos murallas de montañas limitan el valle: el suelo continúa presentando los proyectiles que con increíble frecuencia arrojó el Cotopaxi. Pero, á trechos, el camino se ancha y presenta una vista menos siniestra. Un angosto sendero, abierto entre dos filas de agaves nos condujo á San Juan.

Hállase esta hermosa hacienda, colocada en el centro de una estensísima y verde pradera, donde mansamente pacen centenares de vacas y novillos. De ordinario estas haciendas no tienen otro objeto que la cria de ganado vacuno.

La casa de San Juan es grande y el interior está lujosamente amueblado. Hay una ancha galería de cristales, y á ella contigua, una gran sala cuyo aparente deslucido causóme grandísima sorpresa. Está el salon ricamente alfombrado y decorado con algunos espejos. Pero, en vez de sillas, ostentan los dos mayores lados del parelogramático salon, dos filas de doradas camas de verde y encarnado damasco colgadas. Ninguna de estas camas tiene colchon y están cubiertas con ricas sobre-

camas de brocado y provistas de lujosísimos cogines de raso.

—¿Qué rareza! dije á Lazerda. ¿Con qué objeto están aquí estas camas?

—Es de rigor en casi todas las haciendas aisladas. Cuando los señores convidan á sus amigos, seria muy difícil preparar alcobas para todos. Las señoras y los huéspedes mas considerados, ocupan las habitaciones de que puede disponerse. Ya las veremos ahora, y tambien las de Larrea y Mariquita, su esposa. Los jóvenes y las jóvenes hacen ordinariamente uso de estos salones.

—¿Y duermen sin colchones?

—Nadie viaja sin almofres.

—¡Ah! ya caigo, y por consiguiente sin colchon, manta, sábana, etc.

—Eso es: el paje del huésped prepara la cama. Las señoras de la casa solo se ocupan de darle albergue y donde colocarla. Lo demás es negocio del convidado. Si no tiene paje se sirve á sí mismo. Las criadas de la casa no se ocupan de él para nada.

Mas tarde tuve ocasion de convencerme experimentalmente de esta verdad. El convidado tiene que ir provisto no solo de colchon, manta, sábanas, almohadas, etc., sino tambien de toallas, jarras y jofainas, y ademas de cuanto comunmente encierra una mesa de noche, mueble de poquísimo ó ningun uso en el Ecuador. Nunca puede excusarse de llevar criado, si quiere tener quien le sirva.

Por lo demás, hízonos San Juan el efecto de un encantado castillo. A nuestra llegada presentónos Pasmíño, al mayordomo principal. No habita la hacienda, que está á cargo de otro subalterno, el cual tiene solo las llaves de algunas habitaciones. Cumpliendo la órden de su señor, vino, entonces, á disponer lo necesario para nuestra recepcion. Hízonos, pues, una profunda reverencia, y dijonos:

—Todo está franco. Entren ustedes, y dispongan de todo como mejor les parezca.

Y, esto diciendo, montó á caballo, y desapareció de nuestra presencia.

Quedámonos solos y dueños absolutos de aquella casa que no conocíamos. Comenzamos á recorrerla. Reinaba por do quiera el silencio y la soledad. De habitacion en habitacion fuimos llegando á la galería ya descrita. Desde ella contemplamos una larga serie de verdes praderas, animadas con la sola presencia de numerosas vacadas. De cuando en cuando oíamos como lejanas descargas de artillería: eran los saludos del Cotopaxi, que imponentemente se destaca del horizonte en lontananza.

XVIII.

Cada cual discurría á su sabor acerca de los diferentes objetos que le rodeaban, cuando, un indio de blanco poncho y limpias calzas, asomándose á donde reunidos estábamos, nos dijo:

—La comida está pronta.

Estas mágicas palabras recordáronnos, que nada habíamos dispuesto al efecto, y pareciónos por demás extraño así la aparicion del indio, como el agradable aviso que nos daba. El indio esperaba en ademan de guiarnos. Seguimosle, pues, silenciosos, hasta un espacioso comedor, al fin de la galería, colocado. Habia allí una mesa perfectamente dispuesta. Sentámonos á su alrededor, y fueros servida una espléndida comida, sin que nadie se presentara para compartirla con nosotros. Mitigado el apetito y reparadas nuestras fuerzas, volvimos á la galería.

Era ya la hora de los misterios, del recogimiento, de los tristes pensamientos, de los pueriles temores. La luz habia desaparecido del firmamento, y todavia las estrellas no le habian devuelto su sublime magestad. Estábamos mustios y silenciosos: Lazerda nos dijo:

—¿Tienen ustedes miedo á los duendes?

—No por cierto, replicó un estudiante de química, alumno del colegio de Latacunga.

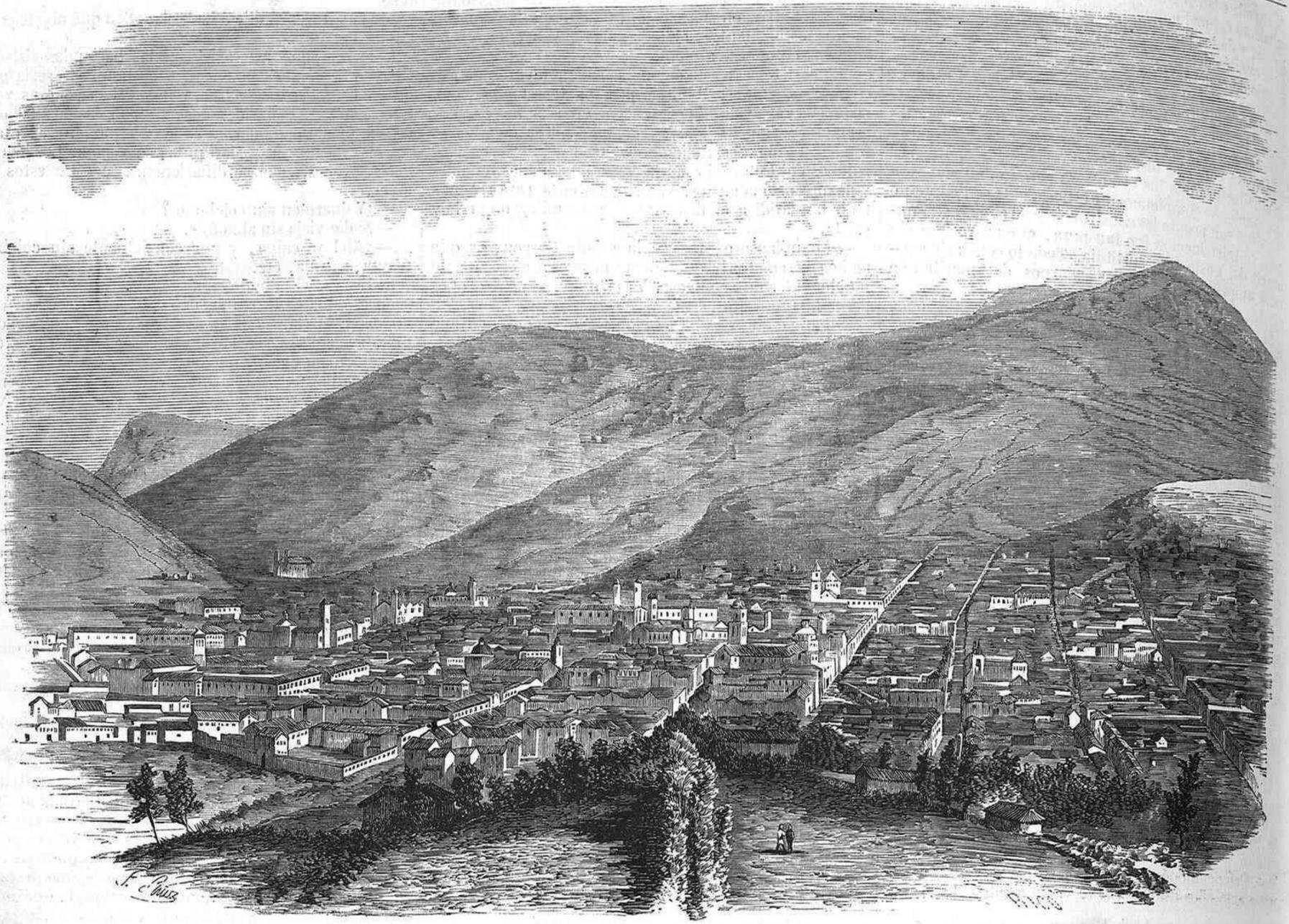
Habíamos acompañado para volverse con la señora Garzon.

—No hable usted de duendes, dijo esta. No voy á poder dormir esta noche.

—Es que en esta casa hay duendes, segun dicen, contestó Lazerda. Y yo mismo presencié aquí un lance bastante raro hace seis meses.

—¿Qué lance? añadió yo. Cuéntenoslo usted, y nos servirá de distraccion.

—Con mucho gusto Y, no es broma. Hace cosa de seis meses, que, como hoy, me hallaba en San Juan, con unos amigos. Larrea y su señora tampoco estaban. Paseamos, almorzamos, comimos, hablamos, jugamos, y ya tarde, cada cual eligió su cama, y procuró descansar algunas horas. Uno de los convidados prefirió una de las alcobas contiguas al salon. Estábamos profundamente dormidos, cuando oímos un agudísimo grito de angustia y de dolor. Encendí un fósforo y corrí de los primeros, á la alcoba contigua, de donde, al parecer, saliera el lastimero grito. Encontré á nuestro hombre con los cabellos erizados, pálido, y bañado en un sudor frio. No estaba en la cama, sino en el suelo.—¿Qué hay? ¿qué le ha sucedido?—No sé: quedéme dormido, y sentí una voz ronca en mi oído que me decia «devántese usted y sígame.» Despertéme: estoy seguro de haberme desper-



VIAJE AL ECUADOR.—VISTA DE QUITO.

tado; pero no vi á nadie. Habré soñado, dije para mí, y me quedé tranquilo. Pero en aquel momento siento que unas manos frías me cogen de los piés, y me tiran, me tiran... queria gritar y no podia... al fin me arrastran fuera de la cama, y al caer di el grito que les despertó á todos.—Usted ha tenido una pesadilla, le dijimos. Vamos tranquilícese usted y duerma. Dudó algun rato; pero al fin, sintiéndose como avergonzado, volvióse á la cama y cada cual á la suya. Apenas habian transcurrido quince minutos, cuando otro grito, si cabe mas agudo y dolorido que el primero, nos hizo volver de nuevo á la alcoba del huésped. Como antes, hallámosle fuera de la cama y con semblante enteramente descompuesto.—«A un lado chanzas, señores, nos dijo: ahora no dormia, y como antes me han arrasrado á mitad del cuarto. Además he visto distintamente una especie de blanco fantasma salir de mi cuarto por la ventana.» — Ya nadie durmió aquella noche. Vestímonos todos, y encendiendo luces recorrimos una por una, las habitaciones. Nada encontramos.

—Jesús que miedo, dijeron á un mismo tiempo las dos señoras, mi hija y la de Garzon.

—No vamos á dormir, añadió esta.
 —Ya lo creo, confirmó su compañera.
 —Alguno de la compañía seria el autor de esa broma pesada, dije á mi vez.
 —Eso pensamos, replicó Lazerda. Pero todos juraron no haberlo hecho. Por lo que hace al pobre paciente,

creo aun hoy como entonces, cuanto acabo de referirles, y nadie es capaz de persuadirle de lo contrario, ni que le haga volver á San Juan.

Despues de discurrir largo rato sobre tan singular asunto, resolvimos acostarnos. Las dos señoras pasaron á una de las mejores habitaciones de la casa. Quedámonos en el salon, los caballeros. Dormia tranquilo, cuando de repente oigo que me llaman. Sin poder remediarlo, acordéme del cuento de Lazerda.

—¿Qué hay, dije, soñoliento y sobresaltado?

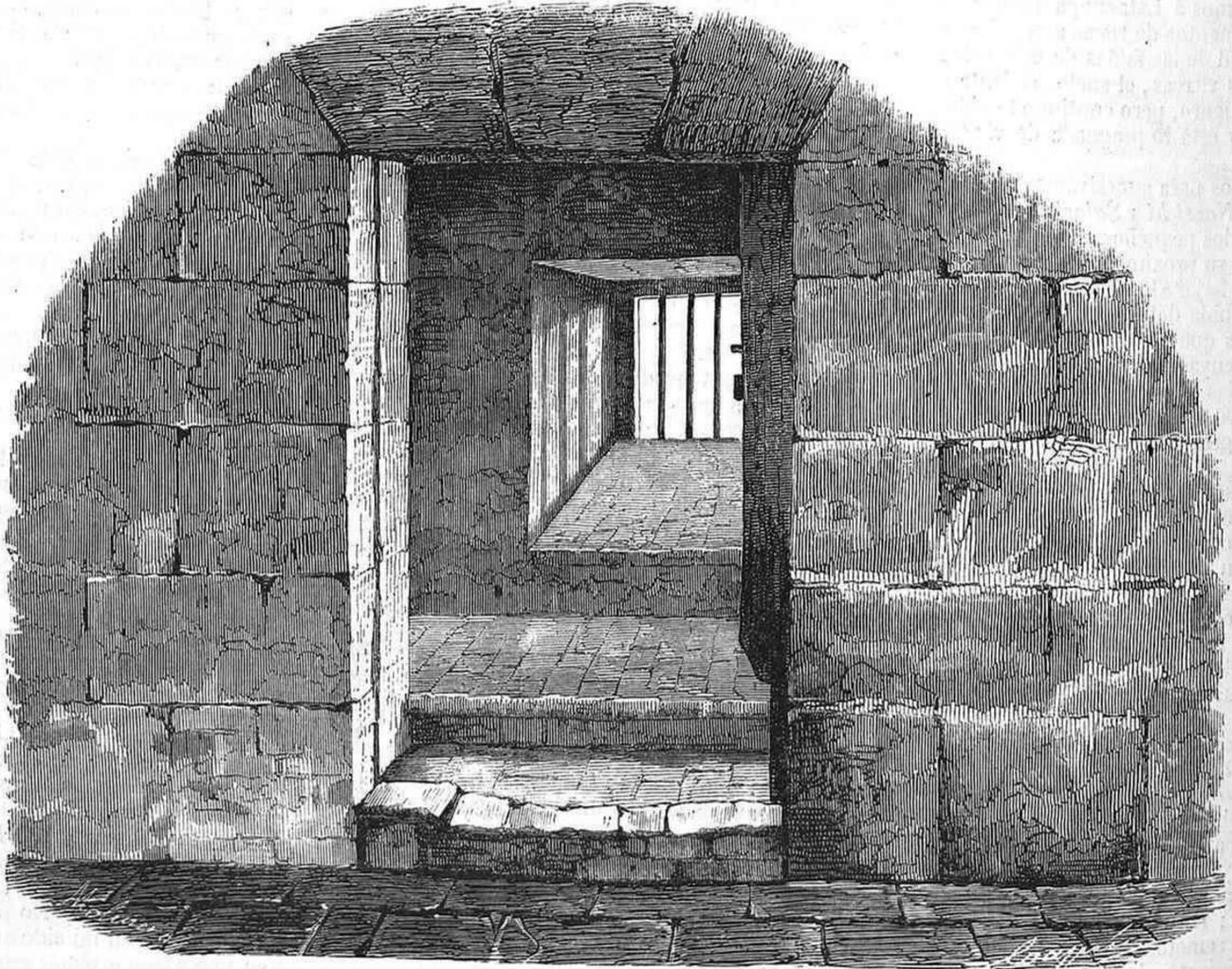
—El Cotopaxi, el Cotopaxi.

—¿Qué! repliqué aterrado. Alguna erupcion.

—No. No hay cuidado. Como siempre. Pero es un bonito espectáculo. Venga usted á verle.

Levantéme apresurado y corri á la galeria.

¡Qué magnífico cuadro! La noche estaba tranquila; purisimo el cielo; brillaban las estrellas en la aterciopelada bóveda del firmamento, y el Cotopaxi yacia en lontananza como un enlutado é inmenso mausoleo. Por intervalos una columna de fuego surgia magestuosa de su cónica cima, teniendo con un resplandor siniestro y fatídico, no solo las nevadas faldas del



SANTO DOMINGO.—VISTA EXTERIOR DE LA PRISION DE CRISTOBAL COLON, EN LA TORRE DEL HOMENAJE.

volcan
comar
la int
de tin
ánimo
supor
nacen
mente
humil
Artific
SAN
TORRE
DEL
POR
DE L
El p
mingo
contor
partes
En su
por el
la már
te, cas
ve un
baluar
bre loc
que de
plantas
vada t
situada
06" lat
—15"
vatorio
hay un
El p
pintore
sempr
han pr
muralle
tan san
ción, c
que ho
tristece
Un v
por me

volcan, sino toda aquella comarca circunvecina. Esta intermitencia de luz y de tinieblas produce en el ánimo cierto pasmo y espanto. Las ideas religiosas nacen naturalmente en la mente del hombre, que humilde adora al Supremo Artífice del Universo.

J. AVENDAÑO.

SANTO DOMINGO.

I.

TORRE DEL VIGIA LLAMADA DEL HOMENAJE, VISTA POR EL SUR, Y BATERIA DE LA PLATAFORMA.

El puerto de Santo Domingo es una rada cuyo contorno ofrece por todas partes grandes arrecifes. En su entrada, formada por el río Ozama, y en la margen derecha de este, casi mirando al Sur, se ve un grupo de edificios y baluartes; descollando sobre todos y entre un bosque de bejucos, lianas ó plantas trepadoras la elevada torre del homenaje, situada á los 18°-28'-05" lat. N. y á los 63°-40'-45" long. O. del Observatorio de San Fernando, y en su plataforma superior hay un asta en que hoy ondea la bandera española.

El paisaje que ofrece este conjunto es muy grato y pintoresco: por entre una vegetación siempre verde y siempre lozana, se divisa el color pardo y sombrío que han prestado los siglos á estos vetustos pero fortísimos muros, testigos de tantas mudanzas políticas y de tan sangrientas peripecias como ha sufrido esta población, que en otro tiempo debió ser bastante bella, pero que hoy ofrece por todas partes una desolación que entristece.

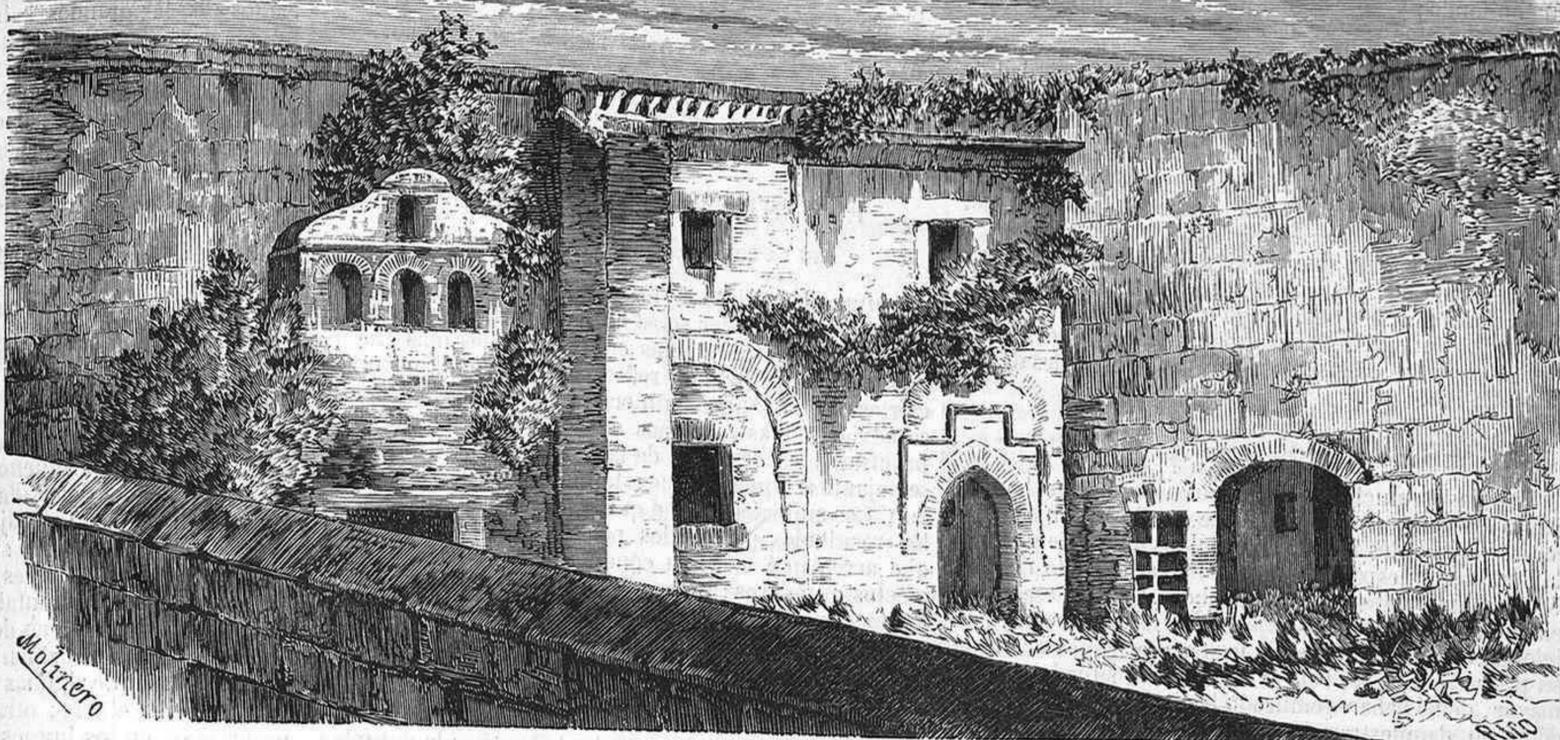
Un vigía, colocado constantemente en la torre, avisa por medio de una campana y de banderas de señales

que iza en un mastelero, la clase de buque que se divisa en el horizonte ó llega al puerto, y la nación á que pertenece. Las olas, casi siempre turbulentas en la presente estación, llegan á estrellarse contra las rocas desnudas y cavernosas de la ribera; y cuando arrecia el viento ó brama el huracán, saltan á grande altura en blanquísimo rocío para caer despues con un ruido monótono y constante, que se oye bastante lejos.

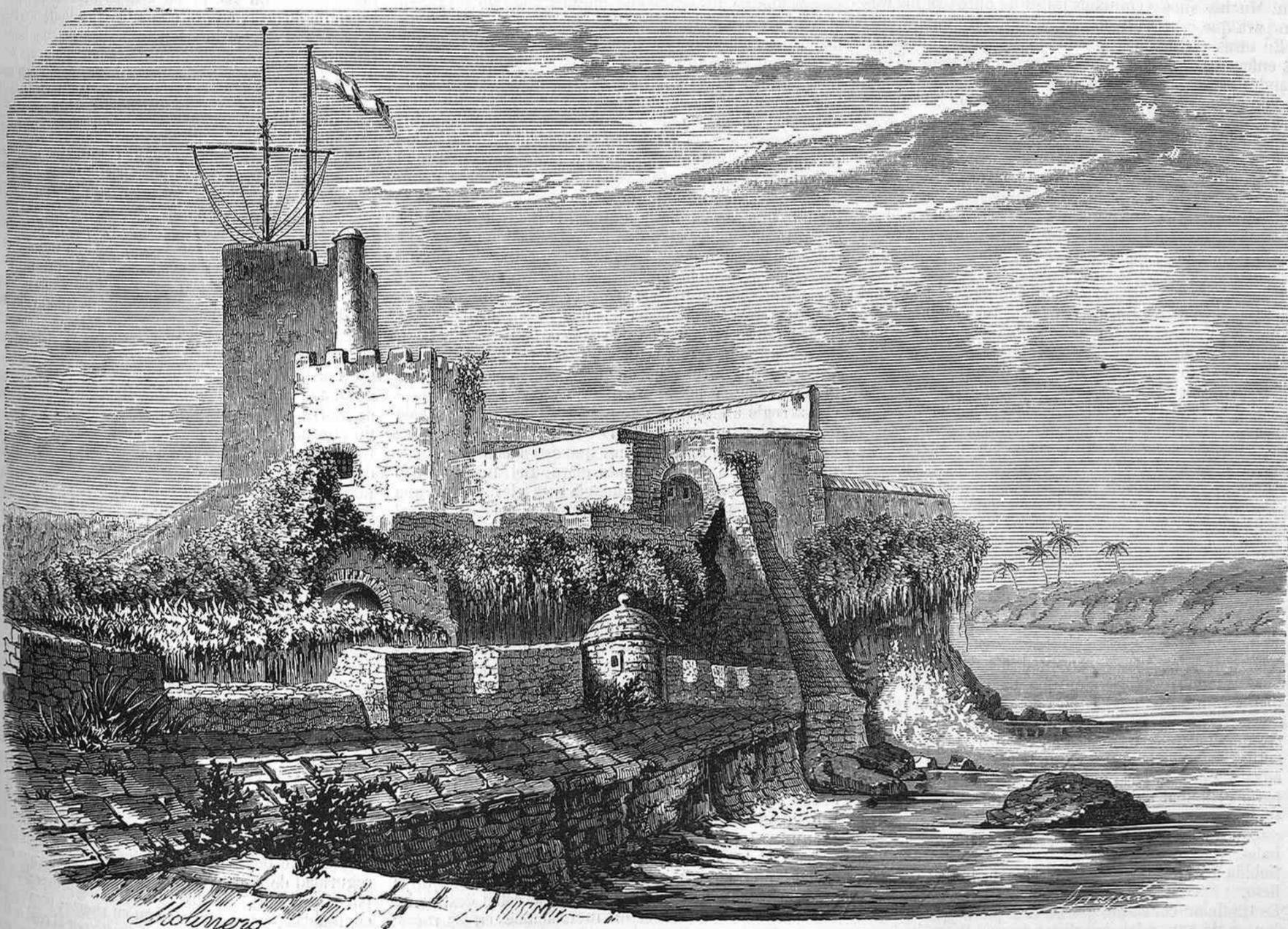
Los buques de mucho calado tienen que fondear en la rada á la distancia de dos cables, pero los pequeños que quieren entrar en el río, necesitan el auxilio de un práctico; porque obstruida la embocadura del Ozama con lajas y peñascos desprendidos de las construcciones

inmediatas, con los restos de varios buques encallados y con las arenas que han formado un gran banco, solo queda un estrecho canal por el cual hay que entrar con sumo cuidado para no naufragar ó destrozarse contra las peñas, como á nuestra presencia ha sucedido hace poco á una goleta que, huyendo del temporal, quiso entrar en el río, y encalló al pié de la torre.

Un oleaje continuo de siglos en mares tan bravías, ha ido socavando las murallas, baluartes y fortificaciones que, construidas por España en diferentes épocas, han debido costar sumas inmensas; y es bien seguro que desde su construcción, piedra que se ha desprendido de ellas, no ha sido repuesta, y ha ido obstruyen-



SANTO DOMINGO.—RUINAS DE LA IGLESIA Y HOSPITAL DE SAN NICOLÁS VISTAS POR LA PARTE INTERIOR DEL EDIFICIO.



SANTO DOMINGO.—TORRE DEL VIGIA LLAMADA DEL HOMENAJE, VISTA POR EL SUD, Y BATERIA DE LA PLATAFORMA.

iriles,
ai que
angular
saron
lánc-
i, los
orma
do de
ue me
poder
cordé-
to de
dije,
sobre-
xi, el
repli-
Algu-
y cui-
mpre.
bonito
Venga
apre-
i á la
gnífico
noche
a; pu-
brí-
llasen
a bí-
men-
xi ya-
za co-
ado é
soleo.
una
fuego
osu de
a, ti-
res-
tro y
lo las
de

abandona su trabajo, y muere en la persuasión de que ha trabajado en vano. Pero aunque nos reconozcamos con gusto, dice el mismo naturalista, que en los trabajos de las abejas, hay una reflexion aparente: nos vemos sin embargo obligados á negar á estos trabajos una voluntad libre; las abejas obran mas bien en virtud de unas leyes inmutables, porque despues de millares de generaciones no han aprendido nada, ni han aprendido nada, lo cual prueba que carecen de libre voluntad; pero al mismo tiempo se presentan de un modo evidente ante nuestra vista, todas las disposiciones de infinita sabiduria de la naturaleza en su mayor conveniencia.

Las avispas construyen su nido unas veces en los agujeros de la tierra, y otras flotando al aire libre en los árboles; el material para él no es lana, sino madera, parte de ella fresca y parte podrida, la que trabajan con sus fuertes mandíbulas hasta reducirla á una especie de harina muy delgada; entonces la humedecen con un jugo muy pegajoso semejante á la saliva, y hacen de ella unas capas sumamente delgadas, semejantes al papel, y las emplean, tanto para la construccion de las celdillas separadas, como para formar la cubierta general del nido. Por último, ciertas avispas llamadas *avispa de carton*, preparan una verdadera masa de carton que en general tiene mas de dos líneas de espesor, y que por la parte de afuera está completamente lisa. La *myrmica seutellaris*, que es una variedad de la especie, construye su nido al parecer de capas sobrepuestas; el *polistes nidulans* de Cayena, que es otra variedad, le construye formando unas fajas en la parte exterior, por las cuales se conoce la division de las celdillas interiores. El *polistes Smeii*, que es otra variedad tambien, cuelega su nido de las ramas de los árboles, y le cubre con hojas. El nido de la avispa comun está formado de una masa de cola, y generalmente tiene la forma de una bola, que á veces viene á tener un pié de diámetro; está compuesto de muchas divisiones ó capas de celdillas, que llegan á veces al número increíble de diez y seis mil, y solo tiene una abertura para entrar y salir. Unas fajas ó columnas de la misma materia, sostienen todo este edificio. El nido del abejon ó *vespa crabro*, es mucho mayor que el de la avispa, y las cubiertas exteriores están separadas entre sí por una distancia de media pulgada; estos huecos sirven para dar entrada al interior del nido. La forma de las celdillas es primitivamente cilíndrica; pero por el contacto de las celdillas opuestas llega á ser un hexaedro. El nido del *polistes dubledayi*, tiene la figura de una concha, está hecho tambien de la misma masa de cola, y tiene una entrada de forma circular. Es digno de notarse que se halla algo semejante hasta en algunos caracoles; del mismo modo cubren los caracoles llamados *bulimus* sus huevos, con una especie de concha, de manera que esta cubierta presenta el aspecto de un huevo de pájaro, y á veces llega á tener el tamaño del de una paloma.

Hemos tratado de los nidos de los pájaros y de los insectos que á pesar de su pequeñez nos inspiran interés cuando los examinamos; esto mismo es una nueva prueba de que en la naturaleza nada hay despreciable por insignificante que parezca, y que si muchas veces hacemos poco aprecio de ciertos seres, es porque no nos detenemos á estudiarlos.

A.

LA PALABRA.

Hija del pensamiento, la primera
Idea de entusiasmo, sonora
Llevaste rauda de la selva umbrosa
Al monte, al río, á la feraz pradera.
El eco que asombrado te acogiera,
Mas débil te lanzó, si mas hermosa,
Y entonaste en los aires piadosa
Himnos á Dios y á la creacion entera.
Tú á la naciente idea te apropiaste
Su fórmula sencilla, la memoria
Hija fiel tuya, conservó la idea.
Artes y ciencias á la par creaste,
Diste á los hombres tradicion é historia,
¡Quien te emplee en el mal! ¡maldito sea!

23 de mayo 1837. (1)

FRANCISCO VICENS.

EL MARIDO ZALAMERO.

Hace ya bastantes años, y cuando yo era, aun muy niño, estaba un dia con mi buena madre de visita en la casa de una amiga suya, de esas amigas que se llaman *la fulana*, ó *la de Tal*, ó *la señora de Cual*, aquella que casi con el médico de Ajalvir ó de Mahudes, amigas que no son con mas objeto que el de verse para satirizarse, que se visitan de *cumplido*, y que se besan ruidosamente en los carrillos por pura ceremonia. Yo he sido

(1) Leído en dicho año, en la tertulia del señor Cruzada Villamil.

como todos los chicos, muy curioso, y muy dado á enterarme de cuantos asuntos de interés se debatían á mi presencia; así es que cuando acompañaba á mi madre á las casas ajenas, ó alguna estraña venía á la nuestra así como en las repetidas veces que he asistido á las reuniones de patriotas á que era invitado mi padre, porque en los tiempos de mi niñez aun existían muchos patriotas; cuando me hallaba en suma, escuchando alguna conversacion, apoyaba mis piecitos en el palo de través de la silla, los codos en las rodillas y la barba en las manos, y dirigia alternativamente la mirada á cada uno de los interlocutores como si quisiese profundizar los misterios de algunas frases entonces para mí incomprendibles. Nada me importaba el que mi madre, mas solícita por mi buen parecer ante los estraños que por el suyo propio, me echara unos ojazos que parecían querer comerme y tosiera con suavidad y sin interrupcion agitando convulsivamente un pié sobre la alfombra y *asegurándomelas* con la cabeza: yo sabia muy bien que mi madre estaba lo que las madres llaman *consumiéndose*, pero no la hacia caso, porque me hallaba seguro de desarmar su cólera, terminada la visita solo con reír cándidamente de algun dicho de la señora de la casa ó con decirle que el niño de aquella parecia mas torpe y mas feo que yo, lo cual bien mirado, era un imposible.

Estaba, pues, como digo, en casa de la... fulana, casada hacia poco tiempo, y oyendo las quejas y las alegrías mútuas de las dos amigas, cuando mi madre interpelló á la recién casada.

—La veo á usted muy contenta, la dijo, lo que me hace suponer que virará muy dichosa en su nuevo estado. Preciso es que don... Tal, siempre tan amable y bondadoso, trate á usted con todas las consideraciones que se merece por sus buenas cualidades.

—¡Ay, señora! exclamó suspirando la reciente esposa. ¡Ay amiga mia! pudiera muy bien vivir completamente feliz; nada podría apetecer en este mundo, sobre todo desde que *canbié de vida* enlazándome con un hombre que me quiere y al que yo adoraba, pero hemos ahora tropezado con el grave inconveniente de que es muy *zalamero*.

La palabra *zalamero* no representaba entonces para mí, sino lo que el uso y la Academia me habian enseñado. Un exceso de cariñosos halagos, de graciosas demostraciones, una dulzura estremada: esto era para mí la *zalamería*. Como los chicos son esencialmente amigos de las caricias inmotivadas y estraordinarias, me parecia ridícula aquella señora con sus pretensiones ó su sentimiento por lo que juzgaba un defecto en su marido.

Metíme á parlanchin, terminada la visita; quise manifestar á mi madre mi opinion sobre la de su amiga; hubo de disgustar á la autora de mis dias una trasgresion tan violenta de mi edad y mis facultades intelectuales y recibí un soberbio cachete y una reprimenda no menor á causa de mis reflexiones sobre el matrimonio.

—¿Qué sabes tú de eso escarabajo?... exclamó mi madre. ¿Quién te mete en lo que ni te interesa ni has de remediar? Y tras estas preguntas vino una serie de frases que me tenia muy merecidas. No recuerdo si fue el de *escarabajo* el epíteto con que me contestó en su justa indignacion la disgustada señora, pero ninguno me parece mas propio del caso, y por eso le estampo aquí.

Desde aquella época han pasado algunos años. Entonces vestía yo blusita azul, y cinturón de charol y medias escocesas y pantalón de Irlanda con encaje, y hoy llevo gaban y capa y sombrero de cilindro; entonces me dejaban crecer el pelo y me le rizaban con unos aparatitos de plomo y tenía la cara limpia y sonrosada; hoy me quedo por momentos calvo, y el cabello que me se cae de la cabeza se baja al rostro y se apodera de mis barbas y mis labios; entonces me gustaban las *zalamerías* y hoy las detesto; entonces era para mí incomprendible la causa que hacia infeliz á la amiga de mi madre, y hoy la comprendo perfectamente.

No hay entre las diversas especies de maridos que conozco, y conozco muchos, pues el género abunda, una mas especial y digna de estudio, que la del *marido zalamero*. Dios libre á todas mis lectoras, solteras ó viudas con esperanzas, de un cónyuge con tal defecto; porque defecto es, y no chico, el del esposo que observa con un cuidado que raya en ridículo todos los movimientos de su mujer, todos sus gestos, escucha todos los suspiros todas las frases, todos los sonidos que articula el labio de la infeliz que ha tenido la desgracia de unirsele en perpetua coyunda: defecto es, y de bulto, el de aquel pobre hombre cuando á todas horas y en todo tiempo espía cuidadosamente los ojos de su esposa para ver de adivinar en ellos lo que jamás desea y ofrecerle lo que nunca apeteció; defecto es el del marido que llama siempre en diminutivo á su consorte y la da los calificativos de «pichona, nena mia, costillita, etc., etc.»

Si fuesen á copiarse en un artículo todas las escenas de *zalamería* que ocurren entre uno de los maridos de que hablo y sus infelices mitades, seria cosa de jamás terminar; pero bueno será que apunte alguna, por si acaso puede servir de ejemplo, no á los maridos presentes ya *zalameros*, que estos no tienen cura, sino á los esposos por venir que se hallen predispuestos á contraer la enfermedad que trato de combatir.

Don Bonifacio está casado con doña Leona. Don Bonifacio es mucho mejor que su nombre; en cambio doña Leona no deja mentir al suyo; no tienen hijos, y es una felicidad pues Dios solo puede saber como seria la prole de ambos cónyuges, siendo estos de tan distinto carácter. El matrimonio tiene un *mediano pasar*, porque los dos esposos llevaron *algo* que inscribir en el capital social de la compañía; de modo que no les falta su cuartito bien arreglado, su *buen trato* en las comidas, sus dos criadas, y tal cual residuo para diversiones y bromas, porque don Bonifacio y doña Leona se encuentran todavía en buena edad, y por consiguiente, en estado de gozar aun de la vida.

Sin embargo, doña Leona no es feliz. Don Bonifacio lo es á medias.

Espliquemos la razon de esta desgracia.

A doña Leona la gustan las impresiones fuertes, los arranques enérgicos, las órdenes absolutas, los golpes de efecto. Es una de esas mujeres, que han menester para existir que un carácter violento y en armonía con el suyo esté siempre frente á ellas, las domine, las pliegue, las obligue á encerrarse en su impotencia; doña Leona es una fiera que desea y necesita ser domada ó un guerrero salvaje que anhela luchar con un contrario digno de ella. Sin embargo, doña Leona es noble como el animal de su nombre.

Don Bonifacio es un hombre de bien, á carta cabal, pero es *zalamero*, y aquí tenemos la causa de que su mujer no sea dichosa.

Cuando doña Leona ha visto en su cara el principio de una *pata de gallo*, lo cual, dicho sea de paso, no alegra á mujer alguna, aunque se llame Angela; cuando la esposa de don Bonifacio ve en el espejo que principia á arrugársela el cútis hácia las estremidades de los ojos pónese de un humor diabólico tal, que rompería lanzas con el mas árdido. Pues bien; en estos momentos en que la mujer reconoce la fuerza de la edad y la impotencia de los cosméticos, es cuando á nuestro don Bonifacio le ocurre la fatal idea de echar piropos á su esposa.

—Yo no sé, monona mia, qué pacto has hecho con la primavera, dice el *zalamero* á su mujer, que siempre tienes la carita de rosa; en la vida has estado tan linda como hoy. Ni la mas bonita muchacha de quince años tiene la ternura y los colores que tú: tus mejillas... etc., etc., porque don Bonifacio es casi poeta como todos los *zalameros*.

Naturalmente han de producir estas flores en doña Leona un efecto contrario al que solicita don Bonifacio. Aquella cree que su marido la requiebra por burla, le llama falso y embustero y qué sé yo con cuántos y qué otros epítetos, terminando por arrojarle á la cabeza un frasco de crema de Windsor ó un bote de pomada Melaino-come. Con todo, estos arrebatos de su costilla no alteran el tono cariñoso de don Bonifacio. Con una dulzura sin igual, recoge los tuestos de las unturas, acércase á doña Leona y trata de acariciarla pasándola una mano por la barba mientras la dice:

—Pero, Leoncita, hija, ¿qué haces? ¿Te enfadas con tu Bonifacito porque te encuentra hermosa? Pues nunca has tenido esa aprension, vida mia. Acuérdate de hace diez y seis años, tres meses y veinte dias, cuando nos casamos, que tú ibas vestida de blanco con zapatito blanco y rosas blancas en la cabeza, y tu cara mas blanca que todas esas blancuras. Entonces no te ofendía el que te llamase, como ahora, mi blanca niña.

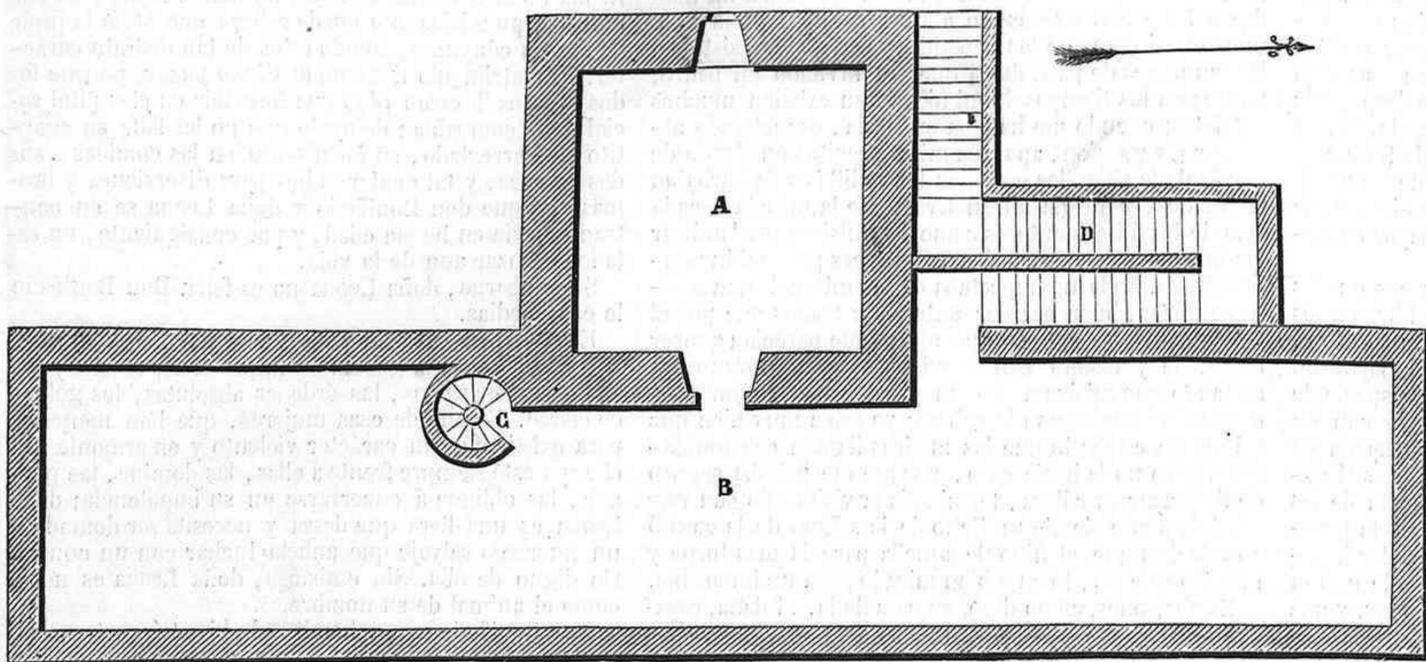
Convengamos en que estos recuerdos *cándidos* son bastantes á exasperar á una *niña* como doña Leona, que solo tiene la tan ponderada blancura del dia de su boda en alguna cana que ya se le mira, y nos convencemos de que don Bonifacio está inoportuno con sus *zalamerías*.

Otra vez, doña Leona y su esposo se encuentran en una tertulia, á la que concurre porcion de jóvenes de ambos sexos; ellas amables, francas y juguetonas; ellos, arrogantes, finos y serviciales. Doña Leona se figura al verse entre aquellos floridos retoños de la primavera de la vida, que aun no ha llegado el estío de la suya, porque nadie hay que se crea viejo entre muchachos, y se deja obsequiar por los jóvenes de la reunion. Doña Leona es feliz en aquel instante, pero las exageradas caricias de don Bonifacio vienen á ponerla en ridículo.

—Ola, bien mio, esclama el marido de la pobre señora, ¿cuentas acaso á estos amiguitos las buenas horas de nuestros amores? ¿Aquellos solitarios y románticos paseos por el huerto de tu casa, cuando tú me decias: «Adorado Bonifacio, tuya ó muerta,» y te contestaba yo: «Leona, Leona mia, esperanza de mi vida, te idolatro, te amo, te...» Pues luego de recién-casados, cuando mi labio descansaba sobre tu frente, y me mirabas con esos ojos divinos que me encantan?... Y mas tarde cuando se nos figuró que estabas en cinta, y...

Don Bonifacio concluye haciendo á los jóvenes una pintura de la dicha de su matrimonio, aconsejándoles que se casen, y apellidando á su esposa con los nombres mas tiernos de la frenología marital.

¿Qué mujer resiste á semejante prueba? ¿Cómo es posible que una esposa pueda sufrir el verse espuesta á la chacota de unos cuantos, y justamente por su marido? Doña Leona al hallarse en su casa con don Bonifacio salta, bufá, patalea, llora y siente en el alma que



Escala de 0,002 por pié.

SANTO DOMINGO.—PLANO DEL SEGUNDO PISO DE LA TORRE DEL HOMENAJE DONDE ESTUVO PRESO CRISTOBAL COLON.

El marido zalamero puede temerle todo de su conducta, y esperar muy poco ó nada. El marido zalamero, lejos de ser un pegote, es un pegote en todos los sentimientos de la mujer, adularla siempre de una manera tenaz y empalagosa, es disgustarla mas que hacerla un beneficio. Los manjares mas apetitosos matan el estómago cuando se comen sin descanso. Además de esto, las mujeres siempre tienen algun misterioso cuidado que el marido ha de respetar, desean siempre encerrarse con alguno de esos tiernos pensamientos suyos, exclusivamente suyos, y que ni quieren ni pueden revelar á su propio corazón. La esposa es una flor perenne, cuya miel debe libar el esposo tan solo cuando aquella le abre el cáliz de su amor; el que ambicione otra cosa que su aromamientras el cáliz de la flor está cerrado no logrará sino ajar su hermosura y marchitar su lozanía. El hombre tiene un inmenso caudal de amor, que prodigado, acaba pronto; si por el contrario sabe gastarle á medida de las necesidades de su corazón, alcanzará doblados intereses sin agotarse jamás la riqueza de sus sentimientos. Solo del amor se debe ser avaro.

su consorte no se enfade para concluir con él á cachetes. Pero varíemos la escena.

Lutgarda es una muchacha muy bella, casada hace pocos meses; Donato la quiere con delirio, y ella le corresponde. Se han enlazado muy á gusto de ambas familias, y han llevado sendas docenas de miles de duros; es decir, que tienen mucho adelantado para no aburrirse en su nuevo estado; nada turba por el pronto la dicha de los flamantes esposos, y los padres de estos anhelan ser abuelos bien pronto para que se consolide la felicidad de la casa; pero no saben por qué notan un ligero tinte de melancolía hace poco tiempo en los ojos de Lutgarda. Los pobres ignoran todavía que Donato es zalamero.

¡Zalamero! Hé aquí la fatalidad; hé aquí la desdicha del matrimonio. ¡Donato es zalamero, y Lutgarda no puede vivir contenta!

Oigámosla, que ahora cuenta á su mamá sus disgustos. Dice así poco mas ó menos.

«Mamá mía, Donato me quiere, pero yo me alegraría de que no me quisiese tanto. Figúrate, mamá, que no me deja un momento respirar, que ni un minuto me encuentro á solas, que á todas horas me está prodigando caricias, que me persigue con su cariñosa solicitud. Si me ve callada, se empeña en que estoy triste, y á todo trance he de manifestarle la causa de mi tristeza: si hablo, me ruega que suspenda á ratos la conversacion porque luego supone que ha de dolerme la cabeza; si canto presume que lo hago por distraer el mal humor y pretende que le diga el motivo; si no canto, entonces es que me falta gusto para ello; si cómo bien, teme que se me indigesten los manjares mas inofensivos; si cómo poco, me insta para que tome mayor cantidad de alimento; si estoy pálida, me juzga enferma; si tengo colores, cree que alguna incomodidad me agita; si paseo, dice que me cansaré; si apenas salgo de casa, asegura que me hará daño la poltronería; en fin, mamá, es tan escesivamente cariñoso mi marido, que ya ni sé qué hacer que no me perjudique, ni cómo estar para que mi esposo se convenza de que me encuentro bien. Me regala cuantas chucherías encuentra y cree han de ser de mi gusto; cuanto imagina que puedo codiciar, otro tanto adquiere para mí; me está abrumando siempre con obsequios y con galanías que á veces llegan á serme fastidiosas. Ni puedo suspirar siquiera, mamá, porque al momento interpreta el pobre desahogo de mi corazón como producido por un gran pesar; si por casualidad me enfado con alguno de los criados, me le encuentro al momento despedido; si no me satisface un plato, un vestido, un adorno, desaparecen de mi vista para siempre; odia de muerte lo que yo miro con prevención; quisiera esterminar con su mirada lo que yo aborrezco; lo que en mí causa predilección, en él afecto; á lo que yo amo él idolatra. Y luego, querida mamá, tiene la manía de llamarme su diosa, y su ángel, y su morenilla, y su amor, y una porción de frases que me dice lo mismo á solas que ante los extraños que en presencia del mundo entero. Ya ves que de este modo no puedo vivir feliz del todo con Donato.

Ayer me levanté triste, porque no siempre tiene una la alegría á su disposicion, y cuando dejé la cama, ya mi marido habia dispuesto mis ropas, mis cintas, hasta mis babuchas que él mismo queria calzarme; traté de salir de nuestra habitacion para ayudar á las muchachas en las faenas de casa, y me lo impidió por temor al frio; roguéle que me dejase, y con palabras de miel negó mi pretension; traté de enfadarme con él, pero él no se enfadó: llamé á la doncella, y Donato la des-

pidió porque deseaba servirme en persona; lloré su crueldad, y se arrojó á mis piés suplicándome, le perdonase, y me fue preciso para que se levantara, no solo concederle el perdon que solicitaba sino algunos halagos en prueba de que habia cesado mi incomodidad.

Noches pasadas fuimos, como sabes, al teatro porque Donato se empeñó en que me fastidiaba á solas con él; habiéndole dicho que no me gustaba mucho la funcion, abandonamos el palco antes de terminarse; porque creyó que estaba cansada, me hizo subir á un coche; suponiendo que me acometia un mareo, nos apeamos; quiso que entrase en un café porque presumia que necesitaba tomar lo que él llama un refuerzillo; entablo una polémica con los camareros porque el chocolate no era bueno; no consentió que lo tomase por miedo de que pudiera hacerme daño; trájome á casa lamentándose del mal rato que me habia hecho pasar, y cuanto mas yo me esforzaba en asegurarle que únicamente su exagerado afecto me producía disgusto, tanto mas él duplicaba sus excusas y sus apasionadas protestas.

En la mesa su solicitud pasa de raya; despues de poner en mi plato los mejores bocados, me da de lo suyo lo mas apetecible, y él solo come lo que dejo, pues no quiere que nadie toque lo que ha separado para mí.

Si por desdicha me hallo indispuerta, ni un momento se aparta del lado de mi cama, y no pasan tres minutos sin que me pregunte las particularidades de mi indisposicion, sin que me obligue nuevamente y me riña con dulzura porque hago el menor movimiento.

Por último, mamá, me está de tal manera haciendo conocer su cariño que nunca tengo deseos de él, y creo que al fin voy á solicitar que no me quiera á ratos.»

La pobre Lutgarda tiene razon; no es posible que viva feliz al lado de Donato, y eso que dificilmente se encontrará un marido mas amante de su esposa. Y no se diga que Donato es tonto ó le falta sentido comun; yo que le conozco puedo aseguráros, lectoras mias, solteras y casadas, que ese muchacho es listo, como soleis decir vosotras, y tiene talento para todo menos para vivir con su mujer; pero ya sabeis, hijas mias, y permitidme que tome este tonillo paternal, ya sabeis que cuanto mas entiende el hombre en las ciencias y las artes, así como en todos los ramos del humano saber, tanto menos os conoce; que cuanto mayor es la disposicion de un jóven para conducirse con los de su sexo, tanto mas patente es su torpeza para tratar á las bellas, y no sois tan tontas que ignoreis que el talento de nada sirve cuando la imagen de una de vosotras ha venido á ponerse entre la luz de la razon y los ojos de un enamorado.

Pero en fin, el caso es que un marido zalamero, lejos de hacer con sus caricias, de todos los dias y de todas las horas la felicidad de su consorte, la acarrea desdichas irremediabiles; porque el hombre en general es un bicho tan caprichoso, que no está contento si no experimenta en la vida esos claros-oscuros de placer y pesar, que son tan frecuentes y que establecen así la armonía de los sentimientos y ese estado misto de disgustos y alegrías en que apetece fluctuar el corazón.

De nada sirve á una mujer el afecto de su esposo, de nada los mimos y las deferencias, las caricias y las atenciones, si tiene la desgracia de que se las prodiguen sin tasa: el marido que no sabe ser á veces amigo de su mitad, á veces amante, padre en ocasiones y en otras hijo mimado, no espere hacer del matrimonio el mas feliz de los estados. La zalamería suele hastiar á la mujer lo mismo que el desvío, tal vez mas, y desgraciado el hombre que haga que se fastidie la esposa.

tarse jamás la riqueza de sus sentimientos. Solo del amor se debe ser avaro.

Por otra parte, la zalamería no es cariño; es la exageracion del cariño, y todo lo que es exagerado es generalmente falso: comprendo como todo el mundo, el arrobamiento, el éstasis, la locura del amor, porque los sentidos como la inteligencia se hallan sujetos siempre á un poder anímico que resida en el corazón ó en la cabeza, los subyuga, los fuerza, los compele á unas funciones anormales y absurdas la mayor parte de las veces; pero me es incomprendible que el hombre zalamero lo sea por impulso y no por cálculo: tal vez quiere disfrazar con la bambolla de una expresion mentida la falta de un afecto que desea; quizá pretende hacerse traicion ó engañarse respecto á lo que no siente y quisiera sentir.

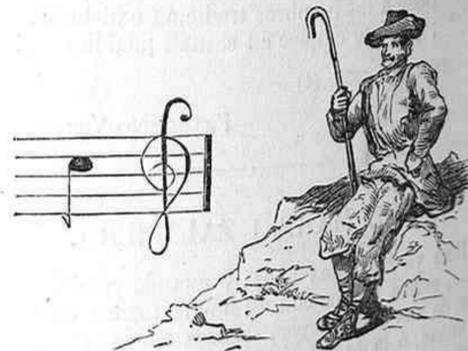
En último resultado, el marido zalamero ante la sociedad es ridiculo y ante el matrimonio perjudicial á la dicha de ambos esposos. Esta es la razon por qué anatematizo su conducta.

Despues de lo que he escrito acerca del marido zalamero, réstame solo concluir aplicándole los siguientes versos de Breton, y que recita hoy Lutgarda, la mujer de Donato:

Pero, por Dios, dulce encanto,
Por Dios, no me quieras tanto,
O quiéreme con talento.

FEDERICO VILLALVA.

GEROGLÍFICO.



La solucion en el número próximo.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPARY ROIG,
EDITORES. MADRID: PRINCIPE. 4.

saldrá e
por deli
cualquie
targo ha
los clim
mas se
manera
de San J
Valencia
Dentr
cir, que
tas, sil
tratos d
ado y
todos lo
cual fue
la meno
que en t
de un e
que aut
dolos ric
buscará
medio. I
en el Pr
y comp
Tambien
viejos se